

Marque F de Frankenstein

Arthur C. Clarke

El 1 de diciembre del año 2005, a la 1:50 según el meridiano de Greenwich, todos los teléfonos del mundo sonaron a la vez.

Doscientos cincuenta millones de personas levantaron el auricular para, durante unos pocos segundos, prestar atención y sentirse molestos o perplejos cuando despertaron a esas horas de la noche y pensaron que el que les llamaba sería algún amigo desde algún país lejano gracias a que la nueva y publicitadísima red de comunicación vía satélite había entrado en funcionamiento justamente el día anterior. Pero no era una voz lo que se escuchaba, sino que, para muchos, aquel ruido se asemejaba al rugido del mar; otros lo entendieron como la vibración que producen las cuerdas de arpa al viento, y a muchos otros les recordó un ruido secreto que escuchaban de niños cuando se acercaban una caracola al oído: los latidos de la sangre corriendo por las venas. Fuera lo que fuese, no duró más de veinte segundos. Enseguida, volvió a escucharse el tono habitual.

En todo el planeta, los usuarios blasfemaron, refunfuñaron un «Se habrán equivocado» y colgaron. Otros quisieron dar parte a la compañía telefónica, pero parecía que todas las líneas estaban ocupadas. Pasadas unas pocas horas, la mayoría había olvidado el incidente, excepto aquellos que trabajaban para esclarecer este tipo de asuntos.

En el Centro de Investigación del Servicio de Comunicaciones se había estado debatiendo toda la mañana. A la hora de comer la discusión no había perdido virulencia y los hambrientos ingenieros entraron en una pequeña cantina que había al otro lado de la calle.

—Yo sigo diciendo —dijo Willie Smith, el encargado de electrónica de estado sólido— que se ha debido a una subida de tensión, provocada por la puesta en funcionamiento de la red de satélites.

—Parece obvio que algo tiene que ver con los satélites —se mostró de acuerdo Jules Reyner, el diseñador de circuitos—. Pero ¿a qué se debe el retraso? Entraron en funcionamiento casi a media noche y los teléfonos sonaron unas dos horas después, como hemos comprobado todos —y bostezó.

—¿Y qué piensa usted, profesor? —preguntó Bob Andrews, programador informático—. Ha estado callado toda la mañana. Seguro que tiene alguna idea.

El profesor John Williams, director del Departamento de Matemáticas, se removió incómodo en su asiento.

—Sí. He llegado a una conclusión, pero no se la van a tomar en serio.

—No se preocupe —respondió Andrews—. Aunque sea tan increíble como esos cuentos de ciencia-ficción que usted escribe bajo seudónimo, quizá nos dé alguna pista.

Williams se ruborizó, pero no demasiado. En el trabajo, todos conocían sus relatos y él no se avergonzaba de haberlos escrito. No sólo eso, sino que se había autoeditado una recopilación de los mismos (aún le quedaban unos doscientos ejemplares, cada uno de los cuales vendía a cinco chelines).

—Pues muy bien —dijo mientras trazaba rayas sobre el mantel—. He estado dando vueltas a esta idea durante muchos años. ¿Alguna vez han reparado en las analogías que existen entre una central telefónica y el cerebro humano?

—Hombre, ¿quién no? —se burló uno de sus compañeros—. Esa idea se remonta a los tiempos de Graham Bell.

—Quizá. En ningún momento he dicho que fuera mía. Además, pienso que es hora de que empecemos a tomarla en serio —miró de reojo los tubos de neón que iluminaban la mesa desde arriba; era necesario mantenerlos encendidos aquel brumoso día de invierno—. ¿Qué narices pasa hoy con las luces? Llevan parpadeando por lo menos cinco minutos.

—Puede que Maisie se haya olvidado pagar el recibo. Déjelas estar. Díganos algo más de su teoría.

—La mayor parte de lo que os voy a contar no son hipótesis sino simples hechos objetivos. Sabemos que el cerebro humano está compuesto por una serie de conmutadores, las neuronas, conectados entre sí de una manera bastante compleja por medio de los nervios. Una central telefónica es exactamente lo mismo: un sistema de conmutadores, interruptores y demás conectados por medio de cables.

—Hasta ahí estoy de acuerdo —respondió Smith—, pero esa analogía no le puede llevar muy lejos. En el cerebro humano hay unos quince mil millones de neuronas. Ese número es mucho mayor que la cantidad de interruptores que pueda haber en cualquier centralita.

El estampido del motor (de un avión) a reacción interrumpió la respuesta de Williams. Para poder seguir tuvo que esperar a que la cantina dejase de vibrar.

—Nunca los he oído volar tan bajo —farfulló Andrews—. Yo diría que está prohibido.

—Lo está. No te preocupes, porque los responsables del aeropuerto de Londres le echarán el guante.

—Lo dudo —dijo Reyner—. Precisamente los encargados del aeropuerto son los que dirigen el aterrizaje de ese Concorde. No me gustaría ir a bordo.

—¿Vamos a terminar nuestra dichosa discusión o no? —preguntó Smith.

—Como decías, Smith, el número de neuronas es superior al de conmutadores de una centralita —continuó Williams con determinación—, pero es que ahí está el *quid* de la cuestión: quince mil millones puede parecer una cantidad muy grande, pero no lo es. Allá por el año 1960, el número de interruptores telefónicos del mundo entero superaba esa cifra. Hoy debe de haber unas cinco veces más que entonces.

—Entiendo —dijo Reyner, pensativo—. Y ayer hicimos posible que todos ellos se conectaran entre sí, gracias a la red de satélites.

—Exactamente.

Durante un momento hubo un silencio interrumpido sólo por la distante sirena de un camión de bomberos.

—A ver si nos entendemos —dijo Smith—. ¿Está insinuando que el sistema telefónico internacional se ha convertido en un enorme cerebro?

—Eso sería expresarlo de manera un poco simple..., antropomórfica. Yo prefiero entenderlo como si se tratase de un punto crítico —Williams mostró las palmas de sus manos con los dedos medio encogidos.

—Supongamos que aquí hay dos masas de U-235; mientras estén aisladas no sucederá nada, pero si las unimos —ejemplificó su discurso con un acercamiento de las manos— obtendremos algo muy distinto de una masa mayor de uranio: quedará un agujero de una media milla de ancho. Ocurre lo mismo con nuestras redes telefónicas. Hasta hoy eran notablemente independientes y autónomas, pero ahora, de repente, hemos multiplicado las conexiones y, con ello, hemos alcanzado el punto crítico.

—¿A qué se refiere con *crítico* en esta ocasión? —preguntó Smith.

—A que, de una manera u otra, ha tomado conciencia.

—Qué tipo de conciencia tan extraña... —dijo Reyner—. ¿Y cuáles serían sus órganos sensoriales?

—Tiene todas las señales de radio y televisión del mundo para nutrirse de información, mediante las emisiones por cable. Esa cantidad de información le dará algo en qué pensar. Además, dispone de todos los datos almacenados en los ordenadores de la red. Tendrá acceso también a las bibliotecas electrónicas, a los sistemas de rastreo por radar, a los sistemas de producción de los talleres automáticos... ¡Vaya si tendrá suficientes órganos sensoriales! Sería difícil imaginarse a qué conclusiones puede llegar, pero lo que sí sabemos es que estarán basadas en una infinidad de datos que las harán mucho más ricas y complejas que las nuestras.

—Bueno, bien, aceptaremos su hipótesis porque nos divierte, pero ¿podría hacer algo, aparte de pensar? —preguntó Reyner—. No puede moverse. No tiene extremidades.

¿Y para qué querría moverse? Podría estar a la vez en todas partes. Además, cualquier aparato electrónico que se pueda manejar a distancia podría cumplir las funciones de sus extremidades.

—Ahora entiendo el porqué del retraso —intervino Andrews—. Lo concebimos a media noche, pero no nació hasta las dos menos diez de la madrugada. El ruido que nos despertó era... ¡el llanto de un recién nacido!

Su intento de parecer chistoso no resultó nada efectivo y nadie le rió la broma. Las luces del techo continuaban parpadeando. Resultaba molesto y parecía ir a peor. En aquel momento, alguien hizo una ruidosa aparición desde la entrada de la cantina. Era Jim Small, de Suministro de Energía, y los estruendos y el estrépito eran habituales en él.

—Mirad esto todos —dijo, haciendo gestos y ondeando una hoja de papel ante sus compañeros—. Soy rico. ¿Habéis visto alguna vez un saldo bancario como éste?

El profesor Williams cogió el extracto, echó un vistazo a las columnas de números y las leyó en voz alta: «Cr. 999.999.897,87».

—No tiene nada de extraño —prosiguió a pesar del alboroto general—. Yo diría que estamos ante un descubierto de ciento dos libras. La computadora ha cometido un ligero descuido y ha añadido once nueves. Es un error que se comete con mucha frecuencia desde que los bancos adoptaron el sistema decimal.

—Lo sé, lo sé, pero no me estropeéis la gracia. Voy a enmarcar este extracto. ¿Qué pasaría si presentase un cheque por unos cuantos miles de millones apoyándome en la validez legal de este papel? ¿Podría demandar al banco en caso de que lo rechazaran?

—Ni lo intentes —contestó Reyner—, estoy seguro de que los bancos previeron este tipo de errores hace años y se protegen añadiendo unas cuantas palabras en letra pequeña en algún anexo. Pero a todo esto, ¿cuándo has recibido ese extracto?

—Me ha llegado por correo este mediodía. Me lo envían directamente al despacho para que no lo pueda ver mi mujer.

—¡Vaya! Eso significa que se ha procesado esta mañana. Obviamente, después de media noche...

—¿A dónde pretendes ir a parar? ¿A qué vienen esas caras largas?

Nadie le contestó. Sin saberlo, había soltado una nueva liebre y los sabuesos se encontraban en plena persecución.

—¿Alguno de vosotros conoce los sistemas de banca automatizada —preguntó Smith— y cómo están enlazados?

—Como el resto de los sistemas en estos tiempos: todos confluyen en la misma red; como todos ordenadores del planeta. Te has apuntado un tanto, John. En

el caso de que existiese un problema real, ése sería uno de los primeros lugares en el que yo esperarí­a que apareciese. Ademá­s de en el sistema telefónico, claro está.

—Nadie ha contestado la pregunta que he formulado antes de que llegara Jim —se quejó Reyner—. ¿Qué es lo que podría llegar a *hacer* este supercerebro? ¿Se mostraría amistoso? ¿Hostil? ¿Indiferente? ¿Será consciente de nuestra existencia o entenderá que las se­­ñales que recibe son la ú­nica realidad?

—Veo que empezáis a creerme —dijo Williams, sonriendo con cierta satisfacci­ón—. Sólo puedo contestar tu pregunta con otra pregunta: ¿qué es lo que hace un recién nacido inmediatamente despué­s de venir al mundo? Busca comida —echó un vistazo rápido a las luces parpadeantes—. No puede ser... —dijo aturrido, como si de repente hubiese concebido un pensamiento aterrador—. Ya sé de qué se alimenta: de electricidad.

—Estamos llevando esta tontería demasiado lejos —dijo Smith—. ¿Y qué rayos pasa con la comida? ¡Hace más de veinte minutos que la hemos pedido!

Nadie le hizo caso.

—El paso siguiente —dijo Reyner recogiendo el tema donde Williams lo había dejado— sería echar un vistazo a su alrededor, y extendería sus brazos. Ademá­s, empezaría a jugar como cualquier bebé.

—Los bebés también rompen cosas —dijo alguien con voz suave.

—Bien, sabemos que tiene infinidad de juguetes a su alcance. Ese *Concorde* que ha pasado hace un rato iba demasiado bajo, diría yo. Las cadenas de producci­ón. Los semáforos de la calle.

—Ahora que lo dices —intervino Small—, hoy debe de haber pasado algo con el tráfico. Ahí fuera llevan parados unos diez minutos. Parece que hay atasco enorme.

—Y creo que también hay algún incendio por ahí. Acabo de oír un camión de bomberos.

—Yo he oído dos, al menos, y algo muy parecido a una explosión cerca del polígono industrial. Espero que no sea nada grave.

—¡Maisie! ¿Podrías traernos unas velas? ¡Aquí no se ve ni torta!

—Ahora que lo recuerdo, en esta cantina utilizan una cocina eléctrica. Nos tendremos que conformar con comida fría, en el mejor de los casos.

—Al menos, mientras esperamos, tenemos el periódico,. ¿Ése que llevas es la edici­ón de la tarde, Jim?

—Sí, aunque ni siquiera he tenido tiempo de abrirlo. Vaya, parece que ha habido un montón de percances anormales esta mañana: las agujas de los trenes se atascaban, han reventado algunas tuberías de agua potable debido a un fallo en las válvulas de seguridad, la gente se ha quejado de los cruces de las líneas telefónicas de anoche, ha habido docenas de llamadas...

Pasó de página y se quedó completamente callado.

—¿Qué ocurre?

Sin mediar palabra, Small mostró el periódico. Sólo la primera página tenía sentido. Las interiores, columna por columna, no eran más que un puñado de errores de imprenta, acompañados por unos cuantos anuncios dispersos aquí y allá que representaban pequeños islotes de cordura en un océano de incoherencia. Estaba claro que los anuncios se habían impreso mediante un proceso diferente escapando así al desorden que reinaba en el texto que los rodeaba.

—Entonces, éstas son las ventajas de la tipografía a distancia y de la distribución electrónica —gruñó Andrews—. Me parece que la prensa de Londres ha puesto demasiada carne en el asador de la prensa digital.

—Y nosotros también, me temo —dijo Williams con solemnidad—. Nosotros también.

—Si me permiten intervenir brevemente para frenar a tiempo la histeria general que parece infectar esta mesa —intervino Smith en voz alta y firme—, me gustaría precisar que no hay nada por lo que preocuparse. Incluso suponiendo que las fantasiosas hipótesis de John acabasen siendo ciertas —dijo Smith—, sería suficiente con desconectar los satélites y volveríamos a hacer una vida normal, como ayer.

—Lobotomía prefrontal —farfulló Williams—. Ya lo había pensado.

—¿A quién? ¡Ah, claro! Cortarle una rebanada de cerebro. Debería funcionar. Nos saldría caro, por supuesto, y tendríamos que comunicarnos por medio de telegramas otra vez, pero la civilización sobreviviría.

No muy lejos se oyó una explosión corta y seca.

—Todo esto me huele mal —dijo Andrews—. Vamos a escuchar la BBC, a ver qué dice. Las noticias de la una están a punto de empezar.

Alcanzó su maletín y sacó una radio.

—...un número de accidentes como nunca se han conocido en el sector industrial, así como el lanzamiento de tres salvas de misiles guiados desde una instalación militar norteamericana. Varios aeropuertos se han visto obligados a suspender el tráfico aéreo debido al comportamiento errático de sus sistemas de radar. Asimismo, las bolsas de valores y un gran número de entidades bancarias han cesado en sus actividades porque el sistema de proceso de la información que utilizan se ha vuelto del todo inseguro. —«Que me lo digan a mí», murmuró Small mientras los demás siseaban para que se callara—. ...Un momento, señores... Se ha producido una noticia de última hora: nos informan de que se ha perdido el control de la red de satélites que se puso en **marcha ayer**. **Parece que** no responde a las órdenes que se le dan desde tierra y, según los...

Se perdió la señal de la BBC. No sólo dejaron de escucharse las noticias de la una, sino que la señal desapareció por completo. Andrews se abalanzó sobre el botón sintonizador y le dio vueltas a un lado y a otro en busca de cualquier otra emisora. Desde el principio hasta el final de la banda de frecuencia, el receptor permaneció en silencio.

—La lobotomía prefrontal era una buena idea, John. Una pena que al bebé se le ocurriera antes —dijo Reyner con una voz que rozaba la histeria.

Williams se puso de pie con pesadez.

—Volviendo al laboratorio —dijo—. Debe haber una respuesta para todo esto.

Sin embargo Williams sabía que en aquel momento ya era demasiado tarde. Habían sonado las últimas campanadas para el *homo sapiens*.

Extraído de

VVAA, El camino de los cuentos: 2004. Editorial Agua Clara: Alicante.

Todos los derechos reservados.